

En este instante, una mañana fría y que aún no quiere aclarar, es menester que recuerde cómo llegué hasta este punto de mi existencia, puesto que parece que pronto finalizará mi vida.

Nací el 25 de octubre de 1830 en Bourg-la-Reine, ciudad que se encuentra en las afueras de París. Mi padre es Nicolás-Gabriel y mi madre Adelaide-Marie. Al parecer la política no me es indiferente desde mi infancia puesto que mi padre fue alcalde de la comuna y además era partidario de Napoleón.

Fui instruido en latín y griego junto con mi hermana mayor Nathalie-Théodore, leyendo los clásicos en su idioma original. Dicha formación la tuve hasta los 12 años de edad. No recuerdo haber tenido una formación sólida en matemáticas como suele decirse de los grandes matemáticos franceses como Agustín-Louis Cauchy o Pierre-Simon Laplace. En mi familia no tenemos noticia de que alguien haya sido sobresaliente en matemáticas y dicha ciencia me interesó cuando ingresé al prestigioso liceo Louis-Le-Grand, en donde también me interesó con fervor todo lo que fuera asunto político.

El director en especial era muy conservador y empecé a detestar sus pobres ideales de vasallo y lamebotas. Fuí parte de un grupo crítico que congeniaba con ideas radicales. No está demás decir que uno de los alumnos insignes que tuvo el liceo fue el gran Robespierre. Armamos un boicot que resultó en un gran escándalo, peleamos contra los maestros y los militares intervinieron dándonos una soberana paliza. Incluso nos llevaron a la cárcel y mis compañeros se ganaron la expulsión del Louis-Le-Grand, sanción que increíblemente no me aplicaron. Aún recuerdo el ardor de mi cara hinchada y la sangre de mi camisa que de blanco no quedaba rastro alguno. Quedó peor el profesor que me dio el primer puñetazo en el ojo.

De regreso en el liceo no me interesaba mucho destacar y ser un estudiante trofeo, aunque sí participé en concursos de oratoria en griego y latín y sobresalí. A los 14 años me reprobaron mi trabajo final de retórica y no me dejaron aprobar el curso. Tuve que repetirlo. Así que me aburrí de esos idiomas y esas tonterías de lenguas muertas. Fue a los 15 años que la Matemática tocó a mi puerta y yo la dejé quedarse. El maestro Vernier fue su emisario y quedé fascinado con su curso. En seguida leí todo el texto oficial (y elemental) del liceo, así que Vernier me dio la geometría de Legendre y el álgebra de Lagrange, textos maravillosos con los cuales cimenté mis bases. No así mi disciplina, porque nunca logré redactar de manera ordenada mis pensamientos e ideas, así que para entenderme debe conocerse muy bien en primera instancia.

Dedicarme con entereza al álgebra hizo que me descuidara de las otras inútiles materias del liceo. Estaba fascinado por las raíces de los polinomios obtenidas por medio de radicales. Aún era un misterio si los polinomios en una variable de quinto grado o superior podrían ser resueltos al igual que las fórmulas conocidas de Cardano y Ferrari. Incluso hasta este fatídico día en el que estoy recordando todo esto.

Yo quería ser matemático y me rechazaron dos veces de la insigne e infame École Polytechnique, así que no me quedó de otra, a pesar de mis notabilísimos esfuerzos, que ingresar a la École Normale. En mi segundo intento para el ingreso a la Polytechnique mi padre se suicidó. Para ese examen yo estaba devastado y mi nivel de rebeldía (según ellos) era insoportable, así que me rechazaron.

Ya en la École Normale pude centrarme en trabajar más en álgebra y pude publicar algunos artículos en el Bulletin del Barón de Férussac. Envié a la Academia de Ciencias mi trabajo pionero y el mismísimo Cauchy me lo rechazó. En el segundo intento se lo envió a Fourier y por desgracia él murió en 1830 y no sé qué le sucedió a ese escrito. En julio de ese año los republicanos, con los que congeniaba, exiliaron a Carlos X, pero nuestro movimiento fue aplastado por Luis Felipe de Orleans. Maldita sea la hora en que nacieron esos monarcas inútiles y esos movimientos clericales que son sus perros falderos.

Pasé dos veces en la cárcel. La segunda vez a mis 19 años, era 1831.

Entre ayer y hoy escribí todos mis resultados, espero alguien los entienda. El duelo con pistolas ya pasó, y mi abdomen sangra demasiado. Ya casi no puedo pensar por el insoportable dolor. Mi muerte es estúpida, lo sé. Posiblemente esa mujer no me quiere tanto como yo me lo imaginé, ¡ya qué!

Oye Alfredo, hermano mío, ¡no llores! ¡Necesito todo mi coraje para morir a los 20 años!